



Hamas no va a rendirse

DAVID HEARST :: 24/04/2025

Pensar que sus dirigentes en Gaza cogerán el dinero y huirán, como hizo en su día Al Fatah, es revelar, tras 18 meses de gencidio e inanición, lo poco que entiende Israel a su enemigo

Llaman a Gaza como quieran: campos de exterminio, un bucle interminable de sangre, dolor y muerte, el mayor campo de concentración del mundo. O, como parece querer hacer la población de Israel, ignórenla por completo.

Los judíos asquenazíes de Tel Aviv viven en una burbuja occidental, sorbiendo sus capuchinos matutinos y preocupándose por sus profesores de yoga a sólo una hora en coche de las escenas más atroces que el mundo ha presenciado desde Srebrenica, o Ruanda.

Pero hay una cosa que ninguno de ellos parece entender: Hamas no se rendirá.

Pensar que sus dirigentes en Gaza cogerán el dinero y huirán, como hizo en su día Al Fatah, es revelar, tras 18 meses de guerra total y dos meses de inanición, lo poco que entiende a su enemigo el primer ministro del régimen israelí, Benjamin Netanyahu.

No se equivoquen, la última «oferta» israelí habría equivalido a un acto de rendición. Era entregar a todos los rehenes a cambio de 45 días de comida y agua, y buscar el desarme de Hamas.

Hamas respondió que estaba dispuesto a liberar a todos los rehenes a cambio de una serie de prisioneros palestinos y ofrecer una *hudna* o tregua a largo plazo, en la que no volvería a construir sus túneles ni desarrollaría sus armas, y cedería el gobierno de Gaza a otras facciones palestinas.

Pero no se ha movido de las dos condiciones que puso al comienzo de esta guerra: no se desarmará y quiere la retirada total de las fuerzas israelíes de la franja y el fin completo y definitivo de la guerra.

Netanyahu, el saboteador

Ha quedado claro en repetidas ocasiones que el obstáculo para lograr un acuerdo negociado reside en el propio Netanyahu. En dos ocasiones ha firmado acuerdos con Hamas para romperlos él mismo unilateralmente.

En la última ocasión, en enero, acordó un alto el fuego por fases, que garantizaba la liberación de 33 rehenes, en el que se suponía que Israel iniciaría negociaciones sobre una segunda fase y un alto el fuego permanente.

Netanyahu simplemente rompió ese acuerdo. El presidente de EEUU, Donald Trump, se lo permitió, a pesar de que ese era el papel que el propio nuevo presidente se había atribuido.

De común acuerdo, Netanyahu sólo volvió a la guerra para salvar a su coalición de una derrota inminente en una votación sobre el presupuesto. Hace tiempo que se agotaron todos los objetivos militares.

Gaza no sólo ha estado bajo bloqueo total durante dos meses, sino que Israel ha estado bombardeando los almacenes en los que se guardan los alimentos restantes. El hambre se ha convertido clara e indudablemente en un arma de negociación que, sin embargo, tampoco está funcionando.

El antiguo enviado de Trump para los rehenes, Adam Boehler, tuvo con Netanyahu la misma experiencia que los enviados de Biden. Hamas estuvo a punto de llegar a un acuerdo independiente con EEUU sobre el intercambio de rehenes en negociaciones directas, hasta que Netanyahu se enteró de ellas y las filtró a los medios.

El propio Boehler declaró a *Al Jazeera* que la guerra de Israel contra Gaza «terminaría inmediatamente» si se liberaba a todos los cautivos. Hamas estaría de acuerdo. Pero eso sería sobre el cadáver de Netanyahu.

La situación no ha cambiado desde que el director de la CIA de Biden, Bill Burns, supervisara hace un año un final negociado de la guerra, que Hamas firmó, sólo para que Netanyahu se retirara.

No hay rendición

Hay muchas razones por las que Hamas no se rendirá ante el castigo nocturno que está recibiendo tanto ella como la población de Gaza. Más de 1.500 palestinos han muerto desde que se rompió el alto el fuego en marzo.

Hamas ha visto aniquilado su primer rango de liderazgo, su gobierno civil, su policía y casi todos los hospitales. Rafah está siendo demolida. Y, sin embargo, sigue resistiéndose a importantes ofertas de dinero para exiliarse.

El difunto dirigente palestino Yaser Arafat se habría exiliado hace tiempo, como hizo después de que las fuerzas de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) fueran cercadas en Beirut Occidental en 1982. Fatah ya habría volado al extranjero.

Pero ninguno de estos precedentes se aplica a Hamas. ¿Por qué?

Ante todo, si el colapso del ejército israelí y las atrocidades cometidas en el sur de Israel el 7 de octubre cambiaron Israel para siempre, también la aniquilación de Gaza ha cambiado la causa palestina para siempre.

Gaza se ha convertido en territorio sagrado para los palestinos de todo el mundo.

No hay familia en Gaza que no haya perdido familiares o sus hogares en esta guerra.

Ni Hamas ni ninguno de los otros grupos de resistencia pueden separarse del pueblo por el que luchan. A medida que aumenta el sufrimiento colectivo, también lo hace la voluntad colectiva de permanecer en sus tierras, como han demostrado los campesinos desarmados

del sur de Hebrón.

Además, no hay defensor más persuasivo del imperativo de resistir a la ocupación que el propio comportamiento del Estado israelí. Se trata de un invasor amorfo, persistente y tóxico del espacio de otras personas.

«Acabar el trabajo»

Israel nunca puede tener suficiente tierra, ni suficiente control. Siempre busca más. Nunca podrá dejar de hacer que su religión domine a todas las demás religiones en este espacio. En Semana Santa, los cristianos son tan víctimas de estos actos de supremacía como los musulmanes.

Su movimiento de colonos es aún más activo en tiempos de paz que en tiempos de guerra, como demuestra la historia de los asentamientos en Cisjordania ocupada tras los Acuerdos de Oslo.

Israel no puede atenerse a una solución de dos Estados porque en la mente de sus creadores y sus descendientes sólo existió un Estado. Itamar Ben Gvir, Bezalel Smotrich y Netanyahu, colectivamente, sólo están «terminando el trabajo» de erradicar a los palestinos de la «Tierra de Israel» que David Ben Gurion empezó y luego detuvo.

Es un mito recurrente y conveniente, alimentado por los sionistas liberales, separar a las diversas tribus de Israel en la cuestión palestina, porque no existen diferencias significativas. Esto es más cierto hoy que en el momento del asesinato de Isaac Rabin.

No es casualidad que en el mismo momento en que hay un aumento de judíos rezando en la mezquita de Al-Aqsa -más de 6.000 judíos entraron en los patios para rezar desde que comenzaron las vacaciones de Pascua el sábado, más que todos los fieles judíos que la visitaron durante las vacaciones del año pasado-, el Tribunal Supremo israelí haya votado por unanimidad desestimar una petición presentada por varias organizaciones de derechos humanos que exigían la reanudación de la entrega de ayuda humanitaria a Gaza.

El Estado de Israel en todas sus formas, religiosas y laicas, persigue el mismo objetivo, incluso aunque sus tribus estén en guerra entre sí por muchas otras cuestiones.

La rendición de Hamas, y con ella de Gaza, equivaldría hoy a la rendición de la propia causa palestina. No porque todos los palestinos sean religiosos o porque Al Fatah sea tan impopular, sino porque la resistencia representa la única vía que queda para acabar con la ocupación.

La magnitud del sufrimiento que Israel ha infligido a todos los palestinos a su alcance, en Gaza, en Cisjordania, en Jerusalén y en Israel por igual, ha hecho que el destino de Hamas sea también el de Palestina.

Pero Hamas se diferencia de Fatah en que es una organización religiosa. Comenzó esta guerra por las incursiones de colonos judíos en la mezquita de Al-Aqsa. Y los palestinos de Gaza han recurrido a su religión para dar sentido a la carnicería a la que han sido

sometidos.

Objetivo estratégico

La disciplina y la fe colectivas de Hamas han impedido que se corrompa. Esto les afecta a todos.

Rifat Radwan, el paramédico de 23 años cuyas últimas palabras fueron captadas por su teléfono, suplicaba a Alá que le perdonara por no haber rezado regularmente cinco veces al día. No era tan observante y, evidentemente, no era miembro de Hamas, pero era lo suficientemente religioso como para pedir perdón en sus últimos momentos.

Si alguna vez hubo un símbolo de la valentía y el sacrificio que los palestinos de Gaza están haciendo frente a probabilidades increíbles y aplastantes, Radwan lo era. En su lecho de muerte, su creencia en un líder divino no sería aplastada. Tampoco la de Gaza.

Hay otras razones menos existenciales por las que Hamas no se rendirá.

Sea cual sea el destino que le aguarde como organización -y reconozcámoslo, insurgencias como los Tigres Tamiles o los rebeldes chechenos han sido aplastadas por una fuerza abrumadora, mientras que otras como ETA se han marchitado sin lograr sus principales objetivos-, Hamas ya cree haber logrado su objetivo estratégico.

Hamas ya cree haber alcanzado su objetivo estratégico, que consistía en volver a situar la búsqueda palestina de la autodeterminación en un Estado propio en lo más alto de la agenda mundial de derechos humanos.

En los últimos tres años, la opinión pública estadounidense sobre Israel se ha vuelto negativa, según Pew Research. Más de la mitad de los adultos estadounidenses -el 53%- tiene una opinión desfavorable de Israel, lo que supone un aumento de nueve puntos porcentuales desde antes del 7 de octubre.

Hamas está ganando la guerra de la opinión pública, e Israel la está perdiendo, especialmente en los países donde el grupo es una organización proscrita. La ley está diciendo a la gente que piense en Hamas como terroristas, pero cada vez se muestran más reacios a hacerlo, aunque piensen que el 7 de octubre fue un acto de maldad.

Si Israel quiere acabar definitivamente con este conflicto por la fuerza, puede estar seguro de que ese mismo objetivo también está grabado a fuego en la conciencia de todos los palestinos. Cuanto más tiempo siga Netanyahu con su campaña condenada al fracaso en Gaza, más cerca estarán los principales países europeos, como Francia, de reconocer un Estado palestino.

Negociaciones complejas

Los enviados de Trump están llevando a cabo actualmente tres grupos de complejas negociaciones simultáneamente y están aprendiendo por las malas lo intrincada que es cada una de ellas.

Gaza es sólo una de las tres y Trump quiere resultados rápidos. No tiene paciencia para perseguir ninguna durante mucho tiempo. Además, dos de los conflictos están profundamente interconectados.

Los mismos países que están prohibiendo a EE. UU. su espacio aéreo en caso de un ataque a Irán, también se resisten a una transferencia masiva de población fuera de Gaza, e Israel y Egipto están en un estado de hostilidad abierta sobre el Sinaí, con cada uno acusando al otro de violar los términos del Acuerdo de Camp David.

Si las negociaciones de Trump con Irán fracasan, el régimen de Netanyahu renovará su presión para bombardear sus instalaciones nucleares, sin que se encuentre una solución para Gaza. Se acerca la hora de la decisión para Netanyahu, el pragmático, y no tendrá tantas cartas como actualmente cree que tiene para jugar.

Para potencias militares tan grandes como EEUU y la OTAN, los talibanes demostraron ser demasiado. También lo fue la resistencia en Iraq.

Para un país tan pequeño y tan dependiente de EEUU como Israel, una guerra eterna en Gaza es aún menos sostenible. Sería prudente que Israel redujera sus pérdidas ahora y se retirara de Gaza antes de perder aún más en la escena mundial.

Una vez que se rompe el aura de invencibilidad, como ocurrió el 7 de octubre, se acabó para siempre.

Middle East Eye

<https://www.lahaine.org/mundo.php/hamas-no-va-a-rendirse>